

VIAJE-PEREGRINACIÓN A CHUCUITO

(Septiembre 2018)

Javier Domínguez, OSB¹

Motivaciones

Durante el primer semestre del presente año tuve el ramo teología de la liberación. Antes de que empezara lo consideré como una gran oportunidad para conocer personalmente lo que he criticado conociendo solo de oídas.

Al poco tiempo de comenzar las clases me sentí incómodo, pues el profesor hablaba de la liberación de los oprimidos en América Latina, haciendo referencia básicamente a los pobres en términos materiales. Entonces le pregunté por qué no considerar también a los ricos como necesitados de liberación, porque también ellos pueden ser oprimidos por una falsa idea de vida plena. Todos necesitamos ser liberados, pero ¿por qué tratarnos como enemigos por el camino? Quizás sería mejor hablar de una teología del encuentro, pensé entonces.

Esa fue mi primera motivación para el viaje peregrinación que realicé en septiembre.

La segunda motivación vino de una conversación que tuve con el Padre Mariano Puga, a quien le pregunté si los pobres no sentirían desprecio o resentimiento por los que pertenecemos o vivimos en un sector más acomodado, así como yo he sentido a menudo desconfianza y miedo con respecto a ellos. Y su respuesta fue que él cree que lo que existe en realidad es un doble muro de ignorancia. Entonces pensé: ¿Será posible empezar a botar mis muros y

1 Monje de la Abadía de la Santísima Trinidad de Las Condes, Santiago de Chile.

transformarlos en puentes? Me parecía necesario ser liberado de mis prejuicios y miedos, y sentía la necesidad interior de una experiencia de encuentro con una realidad que me es muy lejana.

Pasó el tiempo y maduré la idea conversando con diversas personas. Finalmente, la opción que más tocó mi corazón fue estar nueve días con el Padre Diego Irrarázaval durante septiembre en el pueblo de Chucuito en Perú, a más de 3.800m de altura, en los faldeos de un cerro, a los pies del lago Titicaca. Ahí participaríamos en un encuentro de Teología y Espiritualidad Andina, hospedándonos en el Monasterio Benedictino de la Resurrección, en Chucuito mismo. Presentía que sería una experiencia muy fructífera, pero también me causaba cierto nerviosismo y sentía a veces que todo esto era una locura.

El encuentro

Una vez que llegamos allá corroboré que Chucuito es un pueblo precioso, lleno de gente muy cariñosa, y bastante rural. En ese lugar, Diego fue párroco por 23 años, razón por la cual él era muy conocido y querido. Y ese cariño la gente lo extendió gratuitamente a mí.

Ahí la mayoría de los caminos son de tierra, las casas muy humildes, con mucha gente moviéndose a pie. Para vivir, algunas personas pastorean pequeños rebaños de ovejas, las cuales paseaban continuamente por las calles. En cambio, otros con mejor situación económica y capacidad de administración tienen un pequeño negocio.

La pequeña comunidad benedictina que nos hospedó fue fundada hace 51 años por el Monasterio de San Remacle, Bélgica, teniendo a la teología de la liberación como una de sus fuentes de inspiración. Actualmente viven ahí dos monjes sacerdotes belgas (Simón Pedro y Bernardo) y una oblata secular estadounidense (Christine). No tienen vocaciones peruanas ni permiso para formar novicios, pero su casa es continuamente visitada por personas del pueblo, religiosos, religiosas, y sacerdotes que van a hospedarse. Son como una casa de Betania en ese rincón del mundo, llevando ahí una vida de mucha oración y fuerte inculturación.

La liturgia ahí es muy sencilla, toda en español, con excepción del comienzo y el final de Laudes y Vísperas, cantados en aymara. Recuerdo con cariño tres momentos especiales: el sábado en la noche rezamos las vigiliias del Domingo, incluyendo una liturgia de la luz preciosa; al día siguiente me emocionó ver la capilla del Monasterio repleta para la Eucaristía, y me emocionó aún más la homilía. Finalmente, me encantó una antífona que decía “la gloria de Dios es la vida plena del hombre”.

Sobre el encuentro mismo, más que la temática de espiritualidad andina, lo que me atraía era una experiencia de encuentro con otras personas distintas a mí en muchos aspectos. Muchos participantes eran de Perú, Bolivia y Argentina, y la mayoría aymara o quechua.

Cada día el encuentro partía con un ritual andino, pero reconozco que preferí participar de la Eucaristía diaria con la comunidad benedictina a participar de los rituales andinos, pues ambos eran en el mismo horario, y yo no soy muy aventurero.

Terminada la Eucaristía, disfrutaba caminando en silencio cerro arriba hacia el lugar de las conferencias del encuentro, yendo a veces conversando con Christine, con Diego, o con Carmen, una mujer aymara muy amiga de la comunidad benedictina.

De las conferencias me marcó el ambiente en torno a ellas: de alegría, orgullo, y defensa de las propias raíces. Además, éstas fueron muy valiosas porque me ayudaron a conocer y comprender en vivo otro pensamiento muy distinto al mío, y la impotencia de no sentirse respetados. A menudo sentí que había una crítica abierta a la cultura de Occidente como una cultura opresora. Y a veces parecían ser sinónimos la cultura de Occidente, el neoliberalismo y un cristianismo avasallador e irrespetuoso, impuesto prácticamente por la fuerza. En ese ambiente, hubo una conferencia que me gustó mucho: un sacerdote anglicano, convertido desde una familia luterana, nos habló de la Iniciativa de Religiones Unidas, (URI) que propone la búsqueda de la paz en un diálogo interreligioso desde las bases, no desde los que están a la cabeza. Y no solo incluye religiones, sino también espiritualidades.

Uno de los días más atractivos fue el día del paseo. Ese día conocí las *chullpas*, unas especies de torres funerarias aymaras bajo las cuales están enterrados nobles aymaras. Ese día participé de un ritual andino con sentido de ofrenda, hecho por supuesto al aire libre. Éste comenzaba: “En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, y posteriormente vinculaba las intenciones de todos los presentes con Dios y la Pacha Mama (Madre Tierra) a través de la ofrenda de hojas de coca untadas en vino. El último día el ritual fue también al aire libre, todos reunidos en círculo y tomados de las manos, contando libremente qué le había dejado el encuentro. Uno de ellos leyó un Evangelio y luego lo comentó muy emocionado a la luz de todo lo que había experimentado.

Ya terminado el encuentro, pude conocer a los Uros, que son una tribu indígena que viven en las islas del lago Titicaca. Sus condiciones de vida han mejorado mucho por el turismo, pero su vida es dura: muchos bienes básicos no están en las islas.

Finalmente, ya de regreso, Diego y yo conocimos en La Paz un museo precioso: el museo de etnografía y folklore boliviano. Me emocionó el cariño por la propia cultura, tanto indígena como cristiana. En especial me gustaron las máscaras para bailes religiosos, junto con los videos de esos bailes, que fusionan ambas culturas.

Frutos

Hoy veo diversos frutos de este viaje-peregrinación, tales como las personas que conocí, impregnadas de un profundo orgullo y alegría por sus raíces andinas, lo cual expresan con su ropa, su idioma, sus cantos y sus bailes andinos. Entre esas personas, me sentí profundamente orgulloso de ser sudamericano. También valoro la presencia del Monasterio de la Resurrección en Chucuito, por todo lo que dan en medio de sus dificultades. Además, ahora valoro más nuestra Casa Común, que es muy semejante a la Pacha Mama. ¿Cómo podría ser sólo un conjunto de recursos naturales? También valoro la concepción del ser humano como más que un ser racional: para la Espiritualidad Andina es un ser *sentipensante*. Además, muchas semillas del Verbo encontré en este viaje-peregrinación, por ejemplo, para ellos es evidente que Dios está con y entre nosotros (y no solo en el cielo o en los templos), así como es evidente que el bien propio pasa por el bien de los demás, más que por el éxito personal.

Ahora, ya de regreso en Chile, siento con alegría que Dios me invitó no a ir al fin del mundo, sino tan solo a cruzar a la vereda de enfrente. Ahí la pobreza duele, y duele más por el menosprecio de la dignidad a causa de esa pobreza. Ahí, Dios me mostró que también hay peregrinos muy buenos y profundos, y que vamos juntos en la misma dirección y por el mismo Camino.

Abadía de la Santísima Trinidad
Casilla 27021 – Santiago 27
CHILE